

buían á que se agotaran los víveres, hasta el punto de que si los barcos no hubiesen permanecido en el puerto, la resistencia se habría podido prolongar tres ó cuatro semanas.

La llegada de barcos con provisiones se hizo más difícil cuando los japoneses, en Octubre, estrecharon el bloqueo. No obstante, siguieron entrando en la plaza juncos chinos, hasta principios de Diciembre; pero el cargamento de esas embarcaciones consistía casi exclusivamente en arroz y granos, de los que llegaron á almacenarse grandes cantidades; los vegetales, verduras, carne, vino, café, se agotaron en Octubre, y en Noviembre fué preciso reducir las raciones, resultando insuficientes los alimentos distribuidos y dándose el caso tristísimo, aunque frecuente en la historia de los sitios, de



Alexeievna Stössel, esposa del general Stössel

que aquellos bravos soldados, expuestos todo el día al fuego de la artillería japonesa, obligados á rechazar furiosos y repetidos asaltos, y mantenidos de servicio permanente, sin poder disfrutar de un descanso prolongado y tranquilo; no pudieran reparar sus exhaustas fuerzas, y se agregara el horror del hambre á los demás horrores de la guerra.

La energía indomable de Stössel lo venció todo, y continuó, sin decaer, la heroica resistencia. El momento crítico se acercaba, sin embargo, porque resuelto Nogi á conquistar la plaza, lanzó la mitad de sus tropas contra la Montaña alta, posición avanzada que durante tres meses había desafiado las iras japonesas. Durante doce días, del 24 de Noviembre al 6 de Diciembre, los hielos de la Montaña alta quedaron enrojecidos por la sangre de millares de rusos y ja-

poneses, que se entregaron á una lucha despiadada y sin cuartel.

Este fué en realidad el acto postrero de la resistencia rusa, aunque nadie, ni sus mismos enemigos, se dió cuenta de ello. Lanzados al combate todos los hombres útiles, agotadas la mayor parte de las municiones, Stössel, solo pudo disponer después de enfermos á los que sostenía en pie su voluntad y su esforzado espíritu, y cuyos fusiles no tenían otro valor que el de servir de mangos á las bayonetas. Así, todos recordamos los partes posteriores de Stössel, en que daba cuenta de haber rechazado al arma blanca los ataques del enemigo. ¡Cuán grande debió de ser la desesperación de aquellos héroes y cuál su suplicio, mil veces peor que el de las torturas del hambre, sintiéndose indefensos ante un enemigo cada vez más numeroso, cada día más pertrechado de artillería y gastando sin tasa los proyectiles de que carecían los rusos!

Cayó el fuerte avanzado de Keek-uan, y pocos días después el fuerte permanente de Erlung corrió la misma suerte. Como el último destello que una hoguera lanza antes de extinguirse para siempre, todavía, después de perdido Erlung, un puñado de rusos continuaron toda la noche, hasta la madrugada del siguiente día, defendiéndose en la garganta que enlaza aquel fuerte con la línea de alturas que se prolonga hacia el E. Ni el fuego, ni las acometidas de los japoneses fueron bastantes á arrancarles de aquel lugar, que sólo abandonaron requeridos formalmente por sus generales.

Si Stössel hubiera contado en Diciembre con 10.000 hombres útiles y suficientes provisiones de boca y guerra ¡quién sabe cuánto tiempo habría aun resistido Port-Arthur! La energía desplegada por la guarnición hasta el último momento, inducía á creer que la situación de la plaza no era muy apurada, y el mismo Nogi manifestó bien á las claras su asombro después de la relativamente fácil conquista de Erlung, y estaba muy lejos de sospechar que la capitulación era inminente.

Los heridos y enfermos, sin medicinas ni medios de curación, vagaban errantes por las calles, arrojados de los hospitales por las bombas japonesas, y perecían ateridos de frío á la intemperie. Devorados por la fiebre, famélicos y enloquecidos por la falta de sueño, los que aun tenían fuerzas para empuñar el fusil, acariciaban las bayonetas, esperando á pie firme al enemigo; el escorbuto hacía estragos; las formidables piezas de artillería permanecían mudas y abandonadas, como espantajos, en los terraplenes... Al cabo, Stössel se rindió á la realidad: en vez de seres humanos sólo tenía espíritus á sus órdenes, y la prolongación de la resistencia era, no sólo inútil, sino injusta, porque sólo podía tener por resultado el sacrificio, sin quebranto para el enemigo,

de aquellas esforzadas y sufridas tropas que tan alto ejemplo de valor y virtudes militares dieran al mundo.

El 31 de Diciembre fueron quemadas las banderas; destruidos los barcos varados en el puerto; volados los almacenes, los polvorines, los principales edificios y cuanto pudiera ser útil al enemigo; y el 1.º de Enero, á las cinco de la tarde, tremoló la bandera blanca en Port-Arthur. Había terminado el sitio, para siempre inmortal.

He aquí, ahora, los últimos despachos del general Stössel:

«28 Diciembre. La situación de la plaza se hace más penosa por momentos. Nues-

notovsky, fallecido; dos heridos, Nadiein y yo; y uno, Gorbatovsky, contuso. De nueve comandantes de regimiento, dos, los coroneles Matchabeli y Naumenco, han sido muertos; dos, Dumin y Glagoleff, han sucumbido á consecuencia de heridas recibidas; cuatro, Gandurin, Savitsky, Griaznoff y Tretiakoff, heridos. Además, el teniente coronel de guardas fronteras, Butusoff, ha sido muerto; el teniente coronel Pokrovsky, comandante de un batallón de reserva, herido, lo mismo que el teniente Kutsevitch, jefe de la sotnia de cosacos. El coronel de artillería Irmann, herido; de ocho comandantes de baterías de campaña, uno, el co-



Fortificando las posiciones avanzadas de Port-Arthur

tros principales enemigos son el escorbuto, que causa muchas víctimas, y los proyectiles de 28 centímetros contra los que carecemos de protección. Quedan pocos hombres que no hayan sido atacados de escorbuto; á pesar de las precauciones adoptadas, la dolencia se extiende. La imposibilidad de replicar al bombardeo enemigo, por falta de municiones; la aparición del escorbuto, y la pérdida de la mayor parte de los oficiales, quebrantan diariamente la defensa.

»La relación de las bajas ocurridas entre los generales y jefes superiores, indicará las enormes pérdidas que hemos sufrido. De diez generales, dos, Kondratenko y Tserpitsky, han sido muertos (1); uno, Raz-

ronel Petroff, muerto; los tenientes coroneles Laperoff y Romanovsky, capitán Benoit y teniente coronel Dabroff heridos; y el teniente coronel Sablonkoff y capitán Petrenko, comandante de la batería de 57 milímetros, heridos. La proporción de los demás jefes y oficiales muertos ó heridos es enorme.

»Muchas compañías están mandadas por sargentos, y por término medio cada una sólo tiene 60 hombres (1).

»Desde el 18 de Diciembre los japoneses no han reanudado los asaltos. Ayer hicieron estallar una mina bajo el fuerte número 5.

Diciembre, en el interior de una casamata, por la explosión de una granada.

(1) El general Kondratenko fué muerto el 15 de

(1) Su efectivo primitivo era de 230 hombres.

Un grupo de veinte japoneses subieron al parapeto, pero fueron muertos á bayonetas. Los japoneses nos bombardean día y noche con sus cañones de 28, y dirigen especialmente el fuego contra los hospitales y ambulancias, sabiendo que nuestros héroes no tienen la menor probabilidad de incorporarse á filas. Hay ahora 14.000 heridos y enfermos en los hospitales, donde entran diariamente unos 300 pacientes.»

»29 Diciembre.—A las diez de ayer mañana los japoneses hicieron saltar una parte del parapeto del fuerte número 3. En seguida rompieron un violento cañoneo contra todo el frente, pero en particular sobre di-



General Fock, recorriendo las líneas avanzadas de Kin-chew

cho fuerte, y á las tres de la tarde asaltaron el parapeto desde el glasis y el foso. Rechazamos dos ataques, pero el enemigo consiguió ocupar la brecha formada por la explosión, y reforzado por sus reservas atravesó el foso por diferentes puntos. A las cinco ocupó el parapeto, y al anoecer dos batallones consiguieron entrar en el fuerte; nuestras tropas continuaron luchando en las defensas interiores, que habían sufrido grandes destrozos; una parte de la guarnición se hizo fuerte en las casamatas, pero los japoneses colocaron ametralladoras frente á las casamatas, impidiendo que nuestros soldados tomaran parte activa en el combate. Nuestra reserva efectuó tres contraataques, sin resultado.

»Por la ocupación de este fuerte, los japo-

neses quedan dueños del frente N. E. de la fortaleza. Solo podremos resistir algunos días. Apenas tenemos municiones. Tomo medidas para evitar el efecto del bombardeo en las calles. El escorbuto debilita sensiblemente á la guarnición. Tengo ahora diez mil hombres bajo las armas; todos ellos están enfermos. Los generales Fok y Nikitin son héroes reales y verdaderos camaradas».

»1.º Enero.... Todo está en las manos de Dios. Estamos sufriendo grandes pérdidas. Dos comandantes de regimiento, Gandurin y Semenoff están heridos, el primero muy gravemente. El comandante del fuerte nú-

mero 3, capitán Seredoff, pereció en la explosión.

»¡Gran Soberano, perdónanos! Hemos hecho todo lo humanamente posible. Júzganos pero se piadoso. Once meses de incesante combate han quebrantado nuestra fuerza. Sólo un cuarto de los defensores, y la mitad de ellos inválidos, han de guarnecer 27 verstas de fortificaciones, sin auxilio y sin tiempo ni aun para el más breve descanso. Los hombres están reducidos á sombras.»

* * *

Si otras plazas, pocas en número, se han mantenido más tiempo frente al sitiador, ninguna sobrepaja á Port-Arthur en la energía de la resistencia, y acaso ninguna ha sido tan reciamente combatida como ella.

Tendríamos que rebuscar mucho en las páginas de la historia, para encontrar un caso parecido al de Port-Arthur, porque lo que caracteriza el sitio no es solo el heroísmo de la guarnición, sino la circunstancia de que ésta combatiera en tierra extraña, sin esperanza ninguna de socorro, y á más de 10.000 kilómetros de la patria.

Mucho ha podido hacer el Mikado en favor de la paz y en beneficio propio, pero no ha sabido. El carácter japonés se ha mostrado sin ficciones con motivo de la capitulación de Port-Arthur. Incapaces de sentir al modo nuestro aquellos pueblos orientales, ni al Emperador, ni al Gobierno japonés, ni al general Nogi se les ha ocurrido dar una muestra de magnanimidad, cuyos efectos habrían tenido gran resonancia en Rusia y en todo el mundo. Las peticiones de Stössel han sido discutidas y regateadas, y los soldados rusos, esos héroes anónimos que tan relevantes pruebas han dado de honor militar, se verán ahora peor tratados que sus oficiales, y el martirio comenzado en Port-Arthur continuará más acentuado, moral, sino materialmente, en el Japón, á donde serán conducidos como prisioneros de guerra. ¡Bien merecían la libertad! Si el Mikado se la hubiera concedido, no por eso quedara comprometida la seguridad de sus tropas en la Mandchuria, y se habría dado un paso en favor de la paz.

El Mikado no lo ha querido, y la paz está aun más lejos que antes de capitular Port-Arthur. A las hecatombes pasadas seguirán otras matanzas, y la guerra se desarrollará con más encarnizamiento aun que antes. ¡Quién sabe si el Mikado tendrá que arrepentirse de su poca generosidad!

* * *

Influencia de la capitulación de Port-Arthur en el desarrollo de la guerra.—La caída de Port-Arthur señala el fin de la primera campaña de la presente guerra. Contra la opinión de la mayor parte de los críticos militares, hemos siempre sostenido que el primer objetivo de las operaciones japonesas era la conquista de Port-Arthur. Los hechos han venido á darnos la razón. Los combates en el Yalú y la marcha de flanco de Kuroki, aunque emprendida con timidez y lentitud, no tuvieron otro objeto que amenazar la larga línea Mukden=Liao-Yang=Ta-chichiao=Port-Arthur, y obligar á los rusos á desguarnecerla llamándoles la atención á otro lado. Conseguido este propósito, vino el desembarco del ejército de Oku en la península del Liao, y casi en seguida el del general Nodzu en Ta-ku-shan. Oku, interceptando la única línea de comunicación de Port-Arthur, y los otros dos ejércitos manteniéndose más al N., en el flanco derecho, hicieron efectiva la incomunicación de aquella plaza con el ejército ruso de la Mandchu-

ria. Entonces, antes que caer con fuerzas incontrastables sobre las tropas de Kuropatkin, los japoneses concentraron toda su actividad en organizar el que primero se llamó tercer ejército y luego ejército encargado del sitio de Port-Arthur, y lo lanzaron contra esta plaza luego de poner al frente del mismo al general más tenaz y acaso el de mayor capacidad con que cuenta el Mikado: el general Nogi.

Las operaciones en la Mandchuria quedaron en Junio y Julio relegadas á segundo término, mientras se aprestaban las mejores tropas del Nippon y un inmenso material de guerra para conquistar en brevisimo plazo el baluarte ruso en el Extremo Oriente. Solo cuando los sangrientos combates del mes de Agosto demostraron al general Nogi la imposibilidad de apoderarse á viva fuerza de Port-Arthur, se ordenó al mariscal Oyama que concentrara sus tres ejércitos y se arrojara contra Kuropatkin; pero era ya tarde, y la batalla de Liao-Yang no revistió los caracteres de un suceso decisivo, y aun, en el concepto estratégico, hizo patentes los graves errores cometidos por el Estado Mayor japonés.

Después de Liao-Yang, Oyama no continuó el avance y la ofensiva; su poderoso ejército no fué más que un centinela encargado de mantener á raya al enemigo y permitir que el general Nogi desarrollara sus planes sin tropiezos ni intranquilidades. Ni los ataques de Kuropatkin en el Sha, ni aquella colosal batalla de ocho días, nula en consecuencias estratégicas é indecisa en el concepto táctico, fueron bastantes á modificar la pasividad de Oyama. La derrota de los japoneses hubiera implicado el desguarnecer las líneas de contravalación de Port-Arthur; y una victoria no habría tenido otros resultados que trocar las fuertes posiciones de Liao-Yang por las débiles y despreciables de Mukden. Los japoneses pecan de exceso de previsión y minuciosidad, y ante tales alternativas lo más seguro era mantener una actitud expectante y aguardar el desenlace del drama representado en Port-Arthur.

Por eso decíamos que la capitulación de aquella fortaleza cierra la primera campaña, y abre la segunda, que será mucho más interesante, aunque de seguro más sangrienta y cruel que la primera.

No volveremos á examinar si los japoneses han obrado ó no con acierto al planear de este modo la campaña; dijimos en otra ocasión que, á nuestro juicio, se han equivocado, y no hay para qué repetirlo; pero desde su peculiar punto de vista pueden preciarse de que la primera fase de la guerra ha terminado como habían previsto, y que por consiguiente la campaña les ha sido enteramente favorable.

Examinemos pues cuáles son las consecuencias de la toma de Port-Arthur, para

deducir si este suceso abre nuevos horizontes á las operaciones futuras.

La conquista de Port-Arthur significa para los japoneses la completa libertad de movimientos de sus ejércitos de la Mandchuria, y facilita la tarea del Ministerio de la Guerra y de los Estados Mayores, cuya atención no habrá ya de compartirse entre dos objetivos igualmente importantes, sino que podrá concentrarse por entero en el fin culminante de la guerra: la destrucción del ejército ruso. El crédito del Imperio del Sol Naciente queda afirmado, y levantado el espíritu, harto decaído en los últimos tiempos, del pueblo japonés. Pero, sobre todo, al izar la bandera estrellada sobre los fuertes de Port-Arthur, los nippones han logrado un triunfo político de inmensa trascendencia: el orgullo nacional queda colmado, y la China, y en general el Asia, verá en el Japón la nación guerrera é invencible, única acaso capaz de derrotar á Rusia, cuyo prestigio comenzará á decaer. El auxilio, más o menos directo, que los japoneses han recibido hasta ahora de los demás pueblos amarillos, se acentuará sin rebozo; y si Kuropatkin es derrotado, posible es que la hostilidad de la Mandchuria se le manifieste de un modo más marcado. Si tal cosa ocurriera, y á la Mandchuria siguiera la Mongolia, se presentaría á Rusia una magnífica ocasión para obtener un desquite á costa de la China, mas, en tal hipótesis, podría darse por terminada la guerra ruso-japonesa y sería seguro el triunfo del Japón. No creemos, sin embargo, que se llegue á tales extremos, porque el gobierno chino, en beneficio propio, agotará todos los medios para que aquellas desgraciadas provincias soporten con resignación las amargas contingencias de la guerra.

Del lado de los rusos, la capitulación de Port-Arthur plantea un problema gravísimo.



Almirante Viren,
comandante de la escuadra rusa de Port-Arthur



General Fock,
jefe de la 4.ª división, en Port-Arthur

mo. ¿Qué hará Kuropatkin? Si emprende la retirada al N., por su propia iniciativa ó después de una batalla, cobrarán nuevo ardor los ejércitos japoneses, y su acometividad rayará en los límites de lo humano; los pueblos mandchurianos cerrarán sus puertas á los moscovitas, y se impondrán los actos de fuerza, cuyas consecuencias pueden ser gravísimas; y la agitación en Rusia adquirirá mayores vuelos, llegándose acaso al extremo, no probable sin embargo, de que á una derrota en el Extremo Oriente respondan motines y movimientos populares en Europa. Suponiendo que Kuropatkin tome la ofensiva inmediata, la victoria que pueda lograr será efímera, porque á no tardar acudirán en apoyo de Oyama 50 ó 60 mil soldados japoneses aguerridos y poseídos de entusiasmo por sus éxitos en Port-Arthur; el avance ruso quedará detenido y la situación estacionaria, pasando otra vez la iniciativa al campo japonés. Pero si Kuropatkin fuera derrotado, Oyama podría avanzar denodadamente al N., sabiendo que á sus espaldas el ejército de Nogi se apresta á sostenerle. Solo una victoria ó una derrota decisiva pueden modificar esas presunciones; mas, dada la disposición de los ejércitos beligerantes en los valles del Sha y las cualidades de los soldados japonés y ruso, no estamos en vísperas de actos decisivos.

Es de suponer que Kuropatkin tendrá previsto el caso de la pérdida de Port-Arthur, porque habiendo capitulado la plaza por la escasez de provisiones de boca y guerra, con mucha anterioridad debió avisar Stössel al Czar la inminencia de aquel hecho, y más particularmente cuando algunos oficiales rusos, forzando el bloqueo, llegaron á Chefú después de la toma de la Montaña alta, ó sea veinte días antes de la rendición. Al generalísimo por consiguiente no le ha podido sorprender la caída de Port-Arthur, y es probable que se juzgue lo bastante fuerte para repeler al enemigo, aun

contando con que éste sea reforzado por las tropas de Nogi.

Si se equivoca en esta creencia ó si la suerte le es adversa, continuará la retirada interrumpida hace tres meses, y Tie-ling marcará el último escalón de la invasión japonesa.

Por lo demás, la guerra, en su aspecto general, no tomará un nuevo cariz. Si los japoneses no han aumentado sus fuerzas en el teatro de la guerra, ha sido exclusivamente, según hemos dicho en varias ocasiones, por falta de cuadros. Tomando como base el ejército de Port-Arthur podrán organizar un IV ejército contra Kuropatkin, pero de este número no les será posible pasar, á menos de reducir extraordinariamente el efectivo de cada uno. Los cuadros, hartamente mermados, de veinte divisiones, incluyendo las de reserva, no son suficientes para la organización de ejércitos autónomos que operando según líneas diferentes asesenten un golpe de muerte á los rusos. Esto fué posible, fácil y hacedero en Mayo, Junio y Julio; después no. Estas afirmaciones no tienen carácter absoluto, porque en la guerra nada hay seguro y demostrable *a priori*, mas, no obstante, lo acontecido hasta aquí abona cuanto decimos.

Ni con Nogi, ni sin Nogi incorporado á Oyama, está Kuropatkin en condiciones de derrotar definitivamente al enemigo, y si continúa la inacción en el Sha pasarán muchos meses antes de que ninguno de los dos caudillos esté en disposición de emprender operaciones rápidas y decisivas.

Resuelta la cuestión vital del ferrocarril transiberiano, no es posible desconocer que en tierra firme las probabilidades de triunfo siguen inclinándose á los rusos. El vicio original del ejército japonés es su falta de elasticidad, que le obliga á operar en grandes masas. Y a este vicio le corresponde en el bando opuesto la ventaja de una grande elasticidad, tanto por la abundancia de cuadros, prácticamente inacabables, como por la excelencia y bondad de su numerosa caballería. A las operaciones de masas según la línea principal, ó sea á las maniobras estratégicas de frente, efectuadas con grandes fuerzas, deben responder los rusos con maniobras según líneas diferentes, procurando obtener la victoria antes por el desarrollo estratégico que por la acción táctica, lo cual no se ha visto todavía en esta guerra—tan ensalzada por la prensa—y era lo que constituía la trama de las célebres campañas Napoleónicas, así como de las guerras que sostuvo más tarde Alemania en la Europa Central, primero, y luego contra Francia.

La movilización, recientemente ordenada, en los distritos militares de San Petersburgo, Moscou, Vilna, Odessa, Kiew y Tchita, es indicio de la formación de nuevos ejércitos, los cuales no se incorporarán de seguro

al núcleo compuesto por los tres de la Mandchuria. No cabe otra solución si Rusia quiere vencer, que operar de flanco, contra el Norte de Corea; esto dijimos al empezar la guerra, y esto repetimos hoy; la empresa es difícil, costosa, lenta, pero posible. Kuropatkin con sus tropas pesadas amenazando de frente y conteniendo á los ejércitos enemigos, mientras que otro ejército formado por dos ó tres cuerpos y todas las divisiones de cosacos, se dirigiera á Feng-huen cheng y el Yalú desde el NE., y la situación cambiaría de un modo instantáneo y radical. El operar los dos beligerantes á lo largo de una misma línea, sólo conducirá á hecatombes humanas y á la prolongación casi inde-



Teniente coronel Yulchin, distinguido en Port-Arthur finida de la guerra. Cueste lo que cueste, se impone la organización de un nuevo ejército, destinado á moverse en un nuevo teatro; si Rusia quiere, antes de siete meses estas ideas pueden convertirse en hechos prácticos.

Pero, se argüirá ¿cómo los rusos podrán reconquistar Port-Arthur, recibiendo esta plaza por mar cuantos auxilios necesite, y cómo podrán forzar el paso de Kin-chew, defendido por fuerzas suficientes y con la escuadra en los dos flancos? Para los moscovitas, Port-Arthur es secundario. Esa plaza fué el medio que permitió á Kuropatkin la organización, frente al enemigo, de un poderoso ejército, que reemplazara á las bandas dispersas que constituían al principio de la guerra el impropriamente llamado ejército ruso de la Mandchuria. Dicho objeto lo ha cumplido brillantemente

Stössel y más allá de toda previsión, y quedó alcanzado plenamente en el mes de Octubre: Port-Arthur, por consiguiente, se ha excedido, esta es la palabra, en la misión que le incumbía, terminada en realidad hace tres meses. Si los moscovitas no llegan á dominar en el mar, les será imposible arrojar á los japoneses de los principales puertos de la península de Liao y de Corea, y la guerra terminará sin que ninguno de los dos beligerantes alcance un triunfo ruidoso; mientras que si la guerra naval se decidiera en un plazo más ó menos remoto en favor de Rusia, los generales del Czar impondrían la paz sin necesidad de detenerse ante Port-Arthur, sino yéndola á buscar á las islas septentrionales del Japón, en el caso de no haberla obtenido ya ventajosa para sus armas, en Corea.

Port-Arthur ha pesado poco en las resoluciones del Grande Estado Mayor ruso, y pesará aun menos en lo porvenir. La plaza fué puesta en condiciones de resistir seis meses, tiempo que Kuropatkin juzgaba necesario para la organización de su ejército, y luego se la dejó abandonada á su suerte.

Muchísima más trascendencia que la capitulación de Port-Arthur, entraña la destrucción de la escuadra rusa fondeada en el puerto, acontecimiento capital al que no se le ha concedido toda la atención que merecía. El brillo de la épica resistencia de las tropas de Stössel ha oscurecido y relegado á segundo término aquel suceso, el cual pesará sin embargo de un modo preponderante en el desenvolvimiento y duración de la guerra.

El acto de los rusos, de echar á pique sus propios barcos, demuestra que el gobierno y las autoridades militares y navales de San Petersburgo no se han percatado del verdadero carácter del conflicto actual. En una guerra con una potencia insular que aspira á obtener la hegemonía en Asia, el primer factor, por no decir el principal, es la marina. La destrucción de la escuadra japonesa hubiera implicado el triunfo de Rusia en un plazo brevísimo, sin necesidad de que llevara á cabo los inmensos esfuerzos que hace en la actualidad para asegurar el predominio de sus armas en tierra; pero el triunfo en la Mandchuria, por brillante y contundente que sea, no quiere decir que el Japón se confiese irremediablemente vencido y acepte las condiciones que le dicte su enemigo, porque mientras los japoneses sean dueños del mar lo peor que podrá sucederles es volver al estado anterior á la ruptura de las hostilidades, y la victoria de Rusia será la China quien la pague, pero no el imperio del Mikado.

Y así como en esta primera campaña hemos visto cuán distintos eran los fines que perseguían rusos y japoneses, así también en el programa de las operaciones y en el especial modo de conducirlas, resalta la di-

ferencia de procedimientos y de tendencias en los dos imperios. El europeo, eminentemente terrestre, relega á segundo término la guerra naval, y á trueque de prolongar un mes más la resistencia de Port-Arthur—cosa innecesaria—consume en beneficio de la heroica guarnición el carbón que debía llevar los barcos al combate, y emplea en los fuertes de tierra los proyectiles que hubieran tenido mejor aplicación contra los acorazados y cruceros de Togo. La gloria de Stössel y de sus tropas, capitulando por hambre y por falta de municiones en Octubre ó en Noviembre, no hubiera padecido en lo más mínimo; mientras que la escuadra de Viren hundiéndose en alta mar después de echar á pique dos ó tres ó cuatro barcos japoneses, hubiera cambiado la faz de la guerra. Pero ni Rusia es potencia marítima, ni concede á la armada la importancia que le es debida, ni su marina se ha distinguido hasta ahora por las sólidas cualidades que adornan al ejército. Todo lo fia el Czar á sus tropas y se encomienda al soldado una labor que la prudencia aconsejaba se limitase á coronar la obra de la marina, dando el golpe de gracia al enemigo.

El imperio asiático, á su vez, procura ante todo el dominio del mar y la conservación de su escuadra; se siente fuerte en este terreno y vacila en tierra firme: por eso su primer cuidado es hacerse fuerte en el litoral; á medida que de él se aleja crece la desconfianza en el resultado, y sus ejércitos no se atreven á obtener en los primeros meses de la guerra el fruto que más tarde no les será ya posible alcanzar. Las operaciones se plantean con lentitud y encogimiento, y el valor y la tenacidad demostrados en el campo de batalla parecen hijos del fatalismo y del carácter nacional, más que del deseo de conquistar el fruto de planes previa y maduramente preparados.

Por eso si nos inspiran poca confianza las acciones de los almirantes rusos, sentimos igualmente poca fe en la capacidad y dotes de los generales japoneses. En una lucha entablada entre pueblos tan esencialmente diferentes, y entre potencias cuyo poderio militar se cimienta sobre bases antagónicas, no se vislumbra el fin probable sino en un plazo muy remoto.

En resolución, la caída de Port-Arthur mejora la situación militar del Japón y sobre todo su crédito económico y su influencia política en Asia; pero, dada la época en que ha tenido lugar, no compromete esencialmente los planes de Kuropatkin ni modifica de un modo sensible el curso de la guerra. La destrucción de la escuadra rusa sí que ha sido un terrible contratiempo para los moscovitas, del que tardarán mucho tiempo en reponerse, si acaso lo consiguen.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

7 Enero 1905

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Texto de la capitulación de Port-Arthur.—Operaciones contra Port-Arthur, en el mes de Septiembre.—El combate de Ta-chi-chiao (continuación).—Consecuencias de la capitulación de Port-Arthur, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Opinión autorizada.—El archipiélago de Elliott.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Columna rusa, vadeando el Tai-tsé

TEXTO DE LA CAPITULACIÓN DE PORT-ARTHUR

Art. 1.º Todos los soldados, marinos y voluntarios rusos, como así mismo los oficiales del gobierno, de la guarnición y del arsenal de Port-Arthur, quedarán prisioneros de guerra.

Art. 2.º Todos los fuertes, baterías, barcos de guerra y demás buques, armas y municiones, caballos y todo el material, y los edificios y todos los efectos pertenecien-

tes al gobierno, serán entregados, en su estado actual, al ejército japonés.

Art. 3.º Aceptadas las dos precedentes condiciones y como garantía de su cumplimiento, las guarniciones de los fuertes y baterías de Itse-shan, Shavantsu-shan, Tantsus-shan y de la línea de alturas del SE., serán retiradas en la tarde del día 3, haciendo entrega de aquellos fuertes y posiciones al ejército japonés.

Art. 4.º En el caso de que el ejército ó